

LO QUE CUESTA UN IMPERIALISMO

El mal negocio de Marruecos

Hemos querido satisfacer una vanidad del régimen. Autoridades de la materia—entre ellas altas jerarquías militares—han demostrado la inconveniencia de dominar la zona Norte de Marruecos y de forjar planes económicos, diplomáticos ni estratégicos sobre su permanencia en África. Se ha llevado únicamente el afán de figurar—de paraitre—, y no el de servir al pueblo, deseoso de paz y de reconstitución interior, quien tiene el sentido del prurito, sino las instituciones y los Gobiernos que ellas obedecen a su capricho.

Por satisfacer esta vanidad imperialista hemos ido a Marruecos, una vez comprometidos al Protectorado, lo desarrollamos en la zona más estridente y colorinesca, aun sabiendo que con ello agravamos hasta el máximo el mal negocio que nuestro compromiso nacional supone.

La loca y vanidosa aventura nos obliga a confeccionar un enorme presupuesto anual. La suma de los pocos presupuestos de esta zona superaría al valor en venta de toda la riqueza de la zona marroquí que nos ha correspondido por desgracia. Con lo que España sufre anualmente en la inútil e improductiva máquina del Protectorado, regando el gasto a voleo sobre la tierra, cualquier suelo menos fértil que el Norte marroquí podría convertirse en vergel. Nadie se da cuenta de ese riesgo volcado sobre tierras españolas.

La loca y vanidosa aventura—como la ha emprendido el imperialismo—nos obliga a mantener un costosísimo órgano director en un rimero de dependencias, acciones, negociados y categorías militares, civiles y mixtas, que exige una nómina abracadabrante. Nos obliga a mantener tres comandancias generales que pueden servir cuando menos se piensa. Nos obliga a tener tropas shereefianas (shereefianas, pero no para cobrar), una numerosa policía indígena que ya auxilia subrepticamente al enemigo, ya se va francamente con él, y unos Cuerpos de tropas regulares para darnos la ilusión fantasma de tener tropas exóticas, aunque caras.

Luego hace falta un ejército peninsular de ocupación, ejército que las circunstancias pueden hacer subir a 200.000 hombres, sin que se vea el momento de repatriar ninguno. De este modo, viene a haber en la zona pocos menos soldados que población indígena total. Este ejército representa más riqueza y consume más elementos que las atenciones corporales que recibe el resto del Protectorado. Si se ocupa un poblado, sólo el gasto de asilación vale más que todo el producido y su término agrario. Si se bombardea una kabila con baterías artilleras o con aeroplanos, la sola granada o bomba tiene más valor que todas las fincas dadas por el bombardeo. Y la gasolina que gastan los aviones, también vale más. No hay la menor trampa en esto, sino argumentación muy seria y razonable.

Cualquier operación que se haga sobre el enemigo sube en valor la riqueza mueble o inmueble de las kabilas que se someten, cuando se someten.

Ahora se proyectan operaciones en Alhucemas. No queda la menor duda de que la suma de elementos que pudieran ponerse en juego—además que un resto de buen sentido los ponga—es mucho más importante, económicamente hablando, que el resultado de las opera-

ciones traducidos en pesetas, o sea en valor en venta.

Y cabe sospechar que si todo este caudal que se derrocha inútilmente se repartiera con prudencia entre toda la población indígena de la zona, es posible que luego ejerceríamos el Protectorado sobre gentes acomodadas. Y si el total del presupuesto anual se repartiera por el territorio en vez de repartirlo en nóminas, quizá Marruecos fuese Eldorado y sus habitantes los más dulces y apacibles moradores de la Arcadia.

En Marruecos se gastan seis millones de pesetas diarios. Como el número de habitantes que tiene la zona de influencia española asciende a un millón, a España le cuesta someter a cada uno de estos moros, incluyendo naturalmente mujeres, niños y ancianos, seis pesetas diarias. Si a cada una de las criaturas que habitan el norte de Marruecos diese España esas seis pesetas diarias, el problema de la pacificación estaba resuelto antes de una semana. Y evitaríamos a los doscientos mil hombres que están allí penalidades, heridas, enfermedades y defunciones.

Se ha calculado, dividiendo lo que cuesta la acción guerrera por el número de bajas que se hacen a los rebeldes, que herir un moro le cuesta a España cincuenta mil duros. Si a ese moro, en vez de un balazo se le diesen los cincuenta mil duros, «estaba amigo» de España con una fidelidad canina.

Si el dinero que se da a los jefes de cabila, moros notables, «chorfas», «sherifes» y demás amigos de nuestra protección, se diese a los pequeños agricultores andaluces, castellanos y extremeños, en unos años se acababan las tierras incultas de este país.

Si cada español le costara al Estado lo que le cuesta proteger a cada moro, el Estado gastaría diariamente *ciento veinte millones de pesetas*, es decir, cuarenta y tres mil ochocientos millones de pesetas al año.

Oficialmente ha dicho el Gobierno que ya está restablecido en Marruecos el honor de las armas y alcanzados los triunfos necesarios. Si no lo hubiese dicho el Gobierno bastaría con saber que asciende a varios centenares el número de expedientes que se instruye para conceder cruces laureadas de San Fernando. Luego si ya no nos tiene allí una cuestión de honor, es evidente que están allí doscientos mil hombres para algo definitivo, verbigracia, la operación sobre Alhucemas.

Dicen que en Pizarra se convino realizarla para el mes de mayo. Desde aquel acuerdo a la fecha no hemos visto nada claro en el problema marroquí y van pasados cerca de dos meses, y, por tanto, gastados unos trescientos millones de pesetas más. Suponiendo—que es mucho suponer—que se realice la operación en mayo, resultaría que desde la fecha de la conferencia de Pizarra hasta el mes de mayo median tres meses de preparación o sea un gasto de quinientos cuarenta millones de pesetas, a seis millones diarios.

Con quinientos cuarenta millones de pesetas en cheques se va a Alhucemas y se declaran hispanófilos todos los beniurriagueles y todos los bocoyas y todos los cabileños del uno al otro extremo. Y no hace falta ni gasas, ni tanques, sino ni siquiera un espadín. Y, naturalmente, se ahorran unos miles de bajas y se devolvían al trabajo del país doscientos mil hombres que

están sufriendo en Marruecos las penalidades de la guerra y arruinando a los españoles que pagan seis millones de pesetas para tenerlos allí.

No es, pues, en verdad un buen negocio colonizar Marruecos.

LOS POETAS

La obsesión de las campanas

Estos males que me postran
 ninguna tregua me dan,
 y fingiéndome ilusiones
 me angustian con nuevo mal.
 Horas tras horas escucho
 un lejano repicar:
 Ilusión de mis sentidos
 trastornados, nada más.
 Por un triunfo que no obtuve,
 repicar sin descansar
 las campanas de las torres
 de una lejana ciudad...
 Donde están esas campanas
 mi triunfo soñado está:
 en mis locas fantasías,
 ¡en mis sueños!, ¡nada más!

Campanas, campanas locas
 cesad un punto, ¡callad!
 ¡Duerman con vuestros tañidos
 mis ilusiones en paz!

Vida gozosa me dieron,
 más hoy que muriendo van
 dejad que por fin acaben
 con que acabe mi pesar.

No bruten, no, flores nuevas
 en las runas del rosal
 de mis sueños. Por ser mías,
 sin lograrse morirán...

Luego ver que es vano antojo
 de una inconsciente maldad
 que nazca lo que por fuerza
 se tiene que malograr.

Dejad que por fin acaben
 con que concluya mi afán:
 este afán de vida nueva
 de una vida que se va...

Fueron razón de mi vida.
 La muerte me aprestarán.
 He de morir sin ellas
 y libraré de mi mal.

Campanas, campanas locas,
 por última vez clamad,
 y cesad después al punto
 vuestro vano repicar...

¡Campanas, las de mis sueños,
 por mis ensueños doblad!
 Dormid, ilusiones mías:
 dormid, para siempre, en paz!

† CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

EPITALÁMICA

Todos, flor tierra o libre mariposa,
 todos nos reunimos en la fosa.

¿A qué tanto aguardar?
 ¿Quieres tú que busquemos, niña hermosa,
 un sitio donde amar?

¡Un sitio donde amar! Donde tú quieras,
 allá en el cielo azul, si a esas esferas
 remontas tu querer;
 en el campo, si en bosques y praderas
 tú cifras el placer.

Nada importa que seas blando arrullo,
 aroma, resplandor,
 mariposa que luce con orgullo
 su brillante matiz, rosa en capullo,
 aire o luz, ala o flor.

¡Juntos vivir, sin duda y sin recelo!
 Para cumplir en amoroso anhelo,
 es lo único esencial.

¿En dónde? ¿Aquí en la tierra? ¿Allá en el
 | cielo?

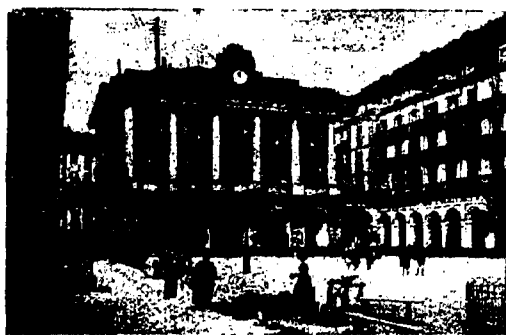
¡Eso es accidental!

THEODORO LLORENTE.

CÉSAR HUERTA.—ABOGADO

Calderón de la Barca, 12 y 14—Cuenca

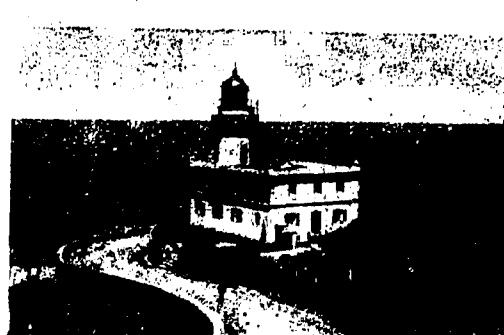
CONSULTA, 5 PESETAS



SAN SEBASTIÁN.—Plaza de la Constitución

Rogamos a los
 que reciben EL
 MUNDO y no es-
 tén conformes
 con la suscrip-
 ción, se sirvan
 devolver el pe-
 riódico a su pro-
 cedencia.

Tirada de EL
 MUNDO 1.300
 ejemplares.



SAN SEBASTIÁN.—El Faro Iguelido

DEL AMBIENTE

El negociado del juego

Se habla, como muchas otras veces, de la reglamentación del juego de azar. Cuando escribimos esta crónica, las autoridades se hallan, según referencias, estudiando un proyecto de Decreto para condicionar los juegos de envite. Por lo visto, el Estado—y siempre que escribimos «Estado» queremos decir sus representantes visibles—, reconoce la existencia del juego, se ha percatado de su profusión e intenta aprovecharse de este elemento como fin utilitario, creando un impuesto, una contribución, alguna exacción sobre lo que antes, cuando el juego era ilegal y «oficialmente» desconocido, se conocía con el nombre genérico de «vicio». Ahora, por virtud de su regulación oficial, al convertirse en fuente de ingresos públicos, y, por consecuencia, al ser objeto de exacción para las cargas del Estado, esto es, social, política y jurídicamente, deja de ser vicio para convertirse en un simple negocio, en un negocio lícito y honrado, supuesto que el Estado lo considera asequible a sus apetencias y colaborador en sus obligaciones. El garito, pues, pasará a ser un comercio; el tahur, una persona decente; el baratero, un hombre de bien. La población tributaria, harto esquilada por el gravamen de sus cargas, recibirá un complemento voluminoso, el integrado por los ex vividores, ex ganchos, ex gariteros, ahora transformados en honorables y dignos contribuyentes, honrados con el espaldarazo oficial e introducidos en la Ley con todas las garantías.

De suponer es que el Estado, al reglamentar lo que fué vicio, tendrá muy en cuenta la necesaria reforma de los códigos Civil y Penal que prevenían las cauciones pertinentes al juego prohibido. Si así no fuera, la reforma quedaría coja, y el ministro que la intenta no libraría muy bien de sus propósitos. Todo se proveerá, seguramente. La transformación será completa; y muy pronto, toda vez que la moral ha quedado, por lo visto, subordinada al criterio de un Gobierno, acomodándose al arbitrio político, podremos ver en todas las poblaciones tiendas de «baccarat» y de «cabillos», abiertas de par en par al público como cualquier comercio de tejidos. El Estado testifica su conocimiento de la existencia del juego de azar. El Estado, que es previsor como el solo, al enfrentarse con el problema, lo estudia, lo analiza, lo disecciona; halla en él dos aspectos: el moral, y el mercantil; aprecia

dos fines: el corruptor, y el utilitario. Y agobiado por la penuria en que vive, opta por el segundo, pospone la moral al negocio, y declara decente y explotable a la Casualidad, dando patente de corso a la broma para seguir haciendo mangas y capirotos. El Estado, que es el legislador, la Ley y su ejecutor, entreabre sus puertas a cuantos vivieron a su margen, y los acoge paternalmente, no para corregirlos por la persuasión, sino para sacarlos al jugo. Y la ley, acomodada al arbitrio de sus ejecutores, quedará cercenada en aquellos capítulos en que penaba, constreñía y prohibía la explotación del vicio. ¿No es esto una gran muestra de la previsión del Estado?

Ahora bien, por su negligencia reprochable y peligrosa, el Estado español, al arrostrar valiente y paladinamente los prejuicios morales, ha de reconocer que ha llegado tarde. Cuando el Estado ha querido intervenir en los negocios del juego o en el juego de los negocios de azar, toda España era un garito, una «timba» indecente. Desde la representación gubernamental del Estado hasta el último ciudadano, todo el mundo fiaba al azar su suerte, abandonando al envite la resolución de sus necesidades. Estado, pueblo y plebe, tres categorías y un solo volumen global, eran otros tantos «puntos»; otros tantos gariteros pendientes de la ruleta; unos, como banqueros; otros, como «ganchos»; otros, como víctimas propiciatorias. Estado y plebe—y en la plebe son comprendidos los tahures de profesión y los profesionales del vicio—se daban la mano para explotar al pueblo. Desde el «bombo» de la fortuna, de la Lotería o las malas artes el uno, y desde la chirlata el otro, entre ambos iban apañando con el sudor y las energías populares, hasta absorber la savia del que producía. Todo el mundo fiaba su suerte, sus destinos, al juego de envite. Estado y pueblo—desintegrados entre sí—venían manteniéndose por gracia y mérito de la Casualidad velada. El garito, ya se denominara «bombo» de la lotería, del albur o del «tapete verde», era la suprema y única esperanza general. Nadie se cuidaba de auscultar la conciencia y el cerebro para ajustar sus actos a los dictados de la moral, de la previsión o la prudencia instintivas. Con la moral o contra la moral, España iba, y va e irá—pese a la mayor o menor y más o menos eficiente reglamentación de sus vicios—caminando a merced del juego. La Casualidad, el albur, lo imprevisible, eran, son, y por lo conocido serán sus guías. Y así fué dando tumbos de «timba» en «timba», de zaharda en garito, de ruleta en ruleta,

ganando y perdiendo, o más bien perdiendo siempre, hasta llegar al punto de que sus gobiernos, no sabiendo cómo acorrear a las trampas de sus jugadas y bancarrotas, no dudaron en atropellar los preceptos con tal de salvar al Erario comprometido y en ruinas.

Y es claro, aunque parezca paradójico y contrasentido, que la moral habrá sido atropellada guapamente, a estilo chulo y baratero, pero el mal no habrá obtenido corrección ni enmienda. El vicio de fiar todo a la Casualidad, sea ella moral o inmoral oficialmente, seguirá dando fruto. Y este fruto será la eterna confusión entre quienes puedan ser gariteros, tahures o personas decentes, sin distinción posible, y con más la incertidumbre de los designios nacionales. Si toda España era un garito, «chirlata» seguirá siendo a pesar de su reglamentación y de los gravámenes por que tributa. Y el defecto de vivira expensas delazar antes que de la previsión y la prudencia, nos conducirá a todos, tarde o temprano, como a las víctimas—muy numerosas y significativas—del juego, a la desesperación y al fracaso.

Y para esto sí que no servirán negociados ni componendas jurídicas ni políticas. Para esto sí que no habrá solución; y de ella será culpable el Estado, por su negligencia, y el pueblo en masa, por su degeneración y tontería.

Antonio Escudero Alvarez

Madrid, 1922.

Abril agrícola

Gran cultivo.—Explotación

La proximidad del verano, con sus perentorias ocupaciones, y la imposibilidad de conseguir de las casas de maquinaria y aperos cuanto de momento pudiera necesitarse, dados los agobios porque pasan en aquella época, aconseja inspeccionar y repasar el material de recolección, para adquirir las segadoras, o repuestos para las mismas, hillo, etc...; piezas de recambio frecuente en las trilladoras: púas, dientes, cuchillas; aceite, grasas, correas de transmisión, etc.

Aparte de estas medidas de previsión, las operaciones más importantes del mes, son: Siembra de remolachas azucareras y forrajeras, y de achicoria, (desde mediados del mes anterior), de maíz para grano (a mediados de este mes) y para forraje; de panizo y de ca-